

LA CASA DE SOROLLA



JUNIO AÑO MCMXXXII

MUSEO SOROLLA

D-156

UNIVERSIDAD
SARAJEVO



II ANO MCMLXXII

C.B. 17001558

R. 8/15

FA
4127

LA CASA DE SOROLLA



D-156

JUNIO AÑO MCMXXII

LA CASA DE
SOROLLA



JUNIO AÑO MCMXXII

A LA SEÑORA
DOÑA CLOTILDE GARCÍA DEL CASTILLO

EL PATRONATO DEL MUSEO SOROLLA, RINDIENDO UN
TRIBUTU OBLIGADO DE VENERACIÓN Y DE RESPETO,
QUIERE PONER AL FRENTE DE ESTAS PÁGINAS, DE-
DICADAS A LA GLORIA DEL INSIGNE ARTISTA QUE
FUÉ SU ESPOSO, EL NOMBRE DE LA DAMA ILUSTRE
QUE CON DESPRENDIMIENTO EJEMPLAR Y VOLUNTAD
FIRME HIZO DE ESTA MANSIÓN, ANTES HOGAR DE PAZ
FAMILIAR Y DE TRABAJO, TEMPLO AHORA DE ARTE
ENTREGADO PÚBLICAMENTE A LA CULTURA

A LA SEÑORA

DOÑA ESTRELLA CASTILLO

EL PATRONATO DEL MUNDO SEÑORA A RENDIENDO UN
TRIBUTO DEDICADO DE FANTASIA Y DE RESPETO
QUISIERA PONER AL FRENTE DE ESTAS PAGINAS DE
TRICIAS A LA CLORIA DEL INSIGNE ARTISTA QUE
FUE SU ESPOSO, EL NOMBRE DE LA DAMA ILUSTRE
QUE CON DESPRENDIMIENTO FAMILIAR Y VOLUNTAD
TIENE NUNCA DE ESTA MANERA ALTES HOGAR DE LAS
FAMILIAR Y DE TRABAJO, TIEMPO AHORA DE ARTE
ENTRINCLADO PUBLICAMENTE A LA CULTURA

ESTAS breves palabras no vienen únicamente del pensar, ni sólo se encaminan a la inteligencia. Arraigan sobre todo en el recuerdo de una noble amistad, y en las miradas suplicantes de ojos queridos, donde se ha visto, desde la infancia y a diario, florecer, paso a paso, el espíritu. Brotan del sentir; del claro manantial del agradecimiento.

No; no es el análisis de la obra de Sorolla, ya muchas veces repetido, lo que me preocupa en este instante. Ahora lo que yo deseo que grite el pregonero es «la Casa de Sorolla, que se dona al pueblo». Y, por si a la vulgaridad y a la indiferencia en que suele vivirse pudiera el hecho pasar inadvertido o parecer ordinario y corriente, conviene gritar muy alto que el hecho es original, excepcionalmente inusitado y, dentro de su clase, tal vez único, hasta ahora, en nuestra patria.

Porque muchas casas de claros varones ha consagrado la humanidad desde antiguo, aunque muchas menos de las debidas en esta nuestra tierra de lotófagos; pero no es precisamente una consagración lo que ahora se anuncia; es todo lo contrario. En vez de consagrar, vamos a recibir de aquel, a quien debiera consagrarse, una preciosa ofrenda.

Viene este don de un hombre, pobre en su origen, nacido y

criado en las masas populares; de un obrero que ha trabajado hasta su última hora sin descanso; que logra glorioso triunfo en su arte y en su vida; que, con febril entusiasmo y con el amor y el perfume de la tierra nativa, levanta su Casa; que va atesorando en ella, día tras día y para su goce personal, lo más precioso y lo máspreciado de sus creaciones; aquellas de las que, desde que el mundo es mundo, son tan avaros los propios creadores, y que allí vive feliz, con la ilusión, después de la victoria, de entregar, no sólo la riqueza acumulada, sino el arca santa en que se guarda, su propia vivienda, creación también suya, obra personalísima, en la que había inventado y compuesto, con todos sus amores, con todos sus sentidos, con todos sus afanes, desde las masas y las líneas, hasta el ambiente del mar latino, hasta el rosal y el arrayán de los jardines; aquello más íntimo, en suma, de nuestro sentir y de nuestro querer, que todos celamos; aquello que había participado de sus angustias y de sus alegrías..., entregarlo, digo, al pueblo, como si devolviera una riqueza que de él procedía.

Algunos hemos sido testigos de esta nobilísima y constante ilusión, que acariciaba. Desapareció cruelmente en la plenitud de su labor. Pero la fiel depositaria de sus confidencias, con piedad, con abnegación y con los generosos beneplácitos filiales, vino a realizarla.

Por raro, por excepcional, ha de tenerse este noble ejemplo de comprensión, de finura y de delicadeza espirituales. Bien pudiera hablarse de magnanimidad y patriotismo; pero no hace aquí falta. Le cae mejor, le basta esto de la finura y la delicadeza, virtudes tal vez menos frecuentes, pero tan *altas y significativas* como aquéllas, aunque menos *sonoras*.

Celebremos, pues, y agradezcamos esta plena y total entrega del alma, de la obra y de la vida de un artista; esta donación al pueblo de la Casa de Sorolla.

No del Museo, sino de la Casa de Sorolla, porque esto de la Casa es lo que imprime toda la finura y la delicadeza al donativo. De pintura es, en verdad, sustancialmente, el regalo; de pintura, sobre todo; pero de pintura en su sitio. Que las pinturas no se han hecho jamás, ni aun ahora mismo, para el Museo, archivo, cuando no almacén, de cuadros, y mal menor que todos respetamos, sino para la Casa; la casa donde se habita; la casa de los dioses, la casa de los pueblos, la casa de los simples mortales, sitios todos donde tiene su lugar y destino adecuado, que no es otro, al fin, que el de consolar y alegrar a todas horas, el de sublimar y ennoblecer de continuo la vida.

Ejemplo de esto es la Casa de Sorolla. El pintor nos entrega su obra como él la tenía; donde la ha producido, donde la ha disfrutado, donde le sirvió de dulce inspiración hasta la muerte.

Recibamos, sí, con gratitud, esta bella Casa, a la que yo, si me atreviera a glosar la letanía, llamara audazmente *Domus luminosa*, porque si luz tiene por fuera, luz del luminoso Levante, esa misma luminosidad tiene por dentro, irradiando de las luminosas imágenes que el artista inundó, igualmente, de luz levantina. Luz y movimiento —quién hay que no lo sepa, quién que no lo haya dicho— son las obsesiones pictóricas de la madurez y últimos días de Sorolla. Luz y movimiento: los mismos fenómenos por donde busca hoy la Física la recóndita esencia de la Naturaleza. Fenómenos, sí; apariencias naturales, porque nunca creyó Sorolla —con razón o sin ella, pero de acuerdo con geniales precursores— que la pintura pudiera hacer nada ni más alto, ni más perfecto, que expresar todo lo bello de la Naturaleza. Lo importante para él es penetrarla, y luego saber *decirla*. Inútil componerla y vano intentar superarla. Por dondequiera que se la mire, ella está siempre preparada y bien compuesta. Toda pretendida superación del natural lleva, cuando menos,

al escándalo, que puede convertirse en farsa y ruido vano. Frente a esto, continencia y sinceridad; porque «toda afectación es mala; llaneza, llaneza».

Por esta inspiración y bajo esta tutela de las puras apariencias y apariciones sensibles, sin adornos de otro origen, sin invasiones intelectualistas, sentimentales, literarias, vive toda la pintura que vive y deleita en esta Casa. En otra casa, casa también, por fortuna, y no museo, en las opuestas orillas del Atlántico, vive igualmente, iluminándola con su magnificencia, la espléndida obra, dechado y compendio de la infatigable labor del artista. Trátase en ella de *ver* y de *decir* con los pinceles, de un modo sintético y en amplísima extensión decorativa, la naturaleza y la vida pictóricas de España, empresa peligrosa para el temperamento y los ideales de Sorolla. A él le hubiera bastado con tipos y paisajes, como los estudios, siempre directos, siempre en grande, por donde comenzó la tarea, y que aquí, por fortuna, se conservan; pero exigencias ineludibles de la obra y del donante llevaronle, por fuerza, a los asuntos complejos, con el riesgo de caer en las composiciones.

Aferrado, sin embargo, a sus principios, halló el camino de sortear el peligro, escogiendo, casi siempre, una sola escena, o un rincón de la escena, y un solo paisaje, los típicos de cada comarca, y llevándolos, sin aliño, directamente, a sus enormes lienzos, siempre *in situ*, como si de livianos apuntes de viaje se tratara. Así, en todas las regiones, desde el *Juego de bolos en Guipúzcoa* y las *Palmeras de Elche*, hasta el *Apartado de toros en Sevilla* y la deslumbradora *Pesca del atún en Ayamonte*. En todas, menos en Castilla, donde, con la penetrante intuición del verdadero artista, y es seguro que sin pretenderlo reflexivamente, se eleva, en armonía con el carácter y el destino histórico de Castilla en España, a algo genérico, y en vez de naufragar, triunfa,

fundiendo extrañamente, en un amplio y claro friso —que, precisamente por su absoluta actualidad, suscita el recuerdo de los frescos murales del Renacimiento— aquello que es común a todos los pueblos y a todas las edades, aquello en que la pintura puede representar, con mayor transparencia, las dos posiciones capitales de la actividad y de la vida humanas: el trabajo y el negocio, que van a parar al *mercado*: el ocio y la contemplación, que los hombres traducen en *fiesta*. Y en el mercado, sobre todo, el *trigo*; y, en la fiesta, el momento más contemplativo y desinteresado de todas las fiestas, la *procesión*, que, en este caso, es procesión, exaltación y adoración del *pan*, del verdadero pan, que llevan las mozas del pueblo como cosa sagrada —lo mismo que llevarían el velo de Minerva las doncellas de Atenas— y al cual sólo faltan las cintas y flores con que en otros lugares lo adornan para que, en esta conjunción con el mercado, pudiera imaginarse que el pintor traducía al lienzo la celestial sentencia de Cristo al sembrador en la Parábola del poeta: «Cerca de rosas tus campos de trigo.»

Luz y movimiento se nos regala en esta Casa, es cierto; pero también de ella salieron, a las veces, y aun puede que en ella se encuentren todavía, gérmenes y productos de intuiciones ideales.

Se nos ofrece, además, en esta Casa, una especie de santuario del trabajo, un insólito ejemplo de la exuberancia creadora, resultado de dos potencias que a su dueño adornaron en el más alto grado. Fué una de ellas la asombrosa facilidad para el hacer; la rapidez de visión y de mano, tan en consonancia con las fugaces imágenes de luz y movimiento que infatigablemente perseguía. Y otra, la febril obsesión del dibujo, que, a todas horas y en todas las circunstancias de la vida le acompañaba. Difícil sería hallar otro esclavo más fiel al severo precepto de Miguel

Angel. Por estas circunstancias de la exuberante facilidad y del perpetuo producir, no he podido representarme nunca a este fecundo improvisador sino como un Lope de Vega de la pintura. A los cientos de comedias que en un día pasaron de las musas al teatro, corresponden los cientos de cuadros que, en el mismo tiempo, pasaron de la visión al lienzo; los retratos de un tirón, en pocas horas, y de alguno de los cuales —y de los más intensos— decía el artista, con feliz gracejo, *que se había hecho solo*. Y lo probable es también que ambos artistas no mejorasen sus obras si intentasen trabajar más sobre ellas, ya que en su caso el capital valor de las mismas consiste, tal vez, en la extraña conjunción de la immaculada espontaneidad con el acierto. En la improvisación, sin duda; pero definitiva. Quién sabe, además, si uno y otro no representan, con ello, otra cosa que la quintaesencia de algo genérico y latente en el fondo de toda la raza.

Lo cierto es que, si el ideal consiste, no en huir del trabajo, sino en convertir amorosamente toda actividad laboriosa en placer, como ocurre en el juego, esta Casa nos brinda, por último, un ejemplo de esa felicidad, la más alta y la más rara, y también la más perdurable, que es dado al hombre alcanzar en la tierra.

¡Salve, Sorolla! Como en todo lo humano, con el mudar de las generaciones oscilará temporalmente la estimación más o menos acendrada de tu obra; pero siempre quedarás como un hito, señero, ineludible, en el largo y ancho camino de nuestra pintura. Al salir de tu Casa, que ahora entregas al pueblo, grabaría yo en su dintel, con el profeta:

«Levántate y marcha, porque éste no es lugar de reposo;»
y con el remoto poeta egipcio del himno a la aurora:

«Dame, ¡oh Sol!, luz para contemplar la belleza.»

MANUEL B. COSSÍO.

CHARLA DEL SR. GARCÍA SANCHIZ

¿NO habéis oído nunca hablar del «bufador»? Quizá habéis oído su propia música. Es allá, en Peñíscola, en aquel promontorio que parece que ha ido haciéndose con la acumulación gloriosa de todos los elementos que han hecho inmortal el Mediterráneo; y a sus pies, en las rocas, hay una grieta, que forma gruta, que no es medrosa; es para que juegue el viento y para que el agua juegue; y esa gruta es como la caracola del Mediterráneo que en sus horas felices y tristes quiere y sabe tocarla, henchido el pecho, igual que nuestros pescadores cuando van en los barcos y hay peligro o hay gozo de gran redada.

Pues bien; yo me imagino cómo hoy, en esta mañana, aquel mar nuestro, estará pastoso y será, en cambio, como de vidrio veneciano en las calas; me imagino cómo el bueno del Mediterráneo, fuerte y gozoso, estará sonando la caracola del *bufador*, como se llama en nuestra lengua, es decir, del sopladero; cómo estará cantando gozoso, y el agua se estremecerá, y las velas tendrán una transparencia rosa, y todo será llamar a concurso a las márgenes enteras del Mediterráneo para que presencien la alegría de este día de fiesta; día de fiesta mediterránea, que es

este acto, y que tuvo no ha mucho su anunciación. Fué en el banquete que se ofreció al ilustre D. Ramón del Valle-Inclán. Allí se reconoció y se recomendó la orientación mediterránea para España; es decir, de los extractos de Prensa, que es lo que yo he leído, no se deduce esto, sino al contrario, porque según esas copias, siempre ligeras y expuestas a equivocación, lo que el gran D. Ramón del Valle-Inclán dijo, es que había dos Españas: una que procedía de Roma y otra que era de procedencia mediterránea. Pero ¿es que acaso podemos creer — y de ahí el que yo piense que es equivocación de copia — que D. Ramón del Valle-Inclán ignora que Roma, con su puerto de Ostia, no está en la desembocadura del Tajo, ni en el golfo de Gascuña?

Es una fiesta mediterránea en honor de un mediterráneo-tipo: Sorolla, que fué el mediterráneo-tipo por su inquietud, que fué el mediterráneo-tipo por aquel poder de concepción fulminante, por su intuición vertiginosa, por aquella sensualidad, no sexualidad, plena de los cinco sentidos, tan fina en el temperamento valenciano, que llega a ser sensibilidad; y también por aquella arrogancia íntima que le hacía no ser de estas gentes que tienen aptitud para estar sometidas a la voluntad ajena.

Fué también mediterráneo, es decir, marinero, por la universalidad del triunfo y por la magnificencia, alegría y gozo de ese triunfo espléndido, lleno de belleza, de esplendores y de tesoros; y fué también gran valenciano, por su españolismo.

Nosotros, los valencianos, estamos muy celosos de que a nosotros se deba la iniciación de la unidad española. Ciertamente que la hicieron los Reyes Católicos, pero sin el Compromiso de Caspe y San Vicente Ferrer, no hubiera habido estos Reyes Católicos. Así es que la nación está hecha por un valenciano, cosa de que nosotros, repito, nos sentimos muy orgullosos, y los creyentes no deben olvidar que está hecha por mano de santo. No sólo

eso, sino que hoy casi con uno de nuestros frutos tendríamos el argumento supremo, dado lo gráfico de la imagen, para las apasionadas discusiones y polémicas en torno a la cuestión palpitante, que no hay por qué nombrar. Si se me permitiera hacer una travesura de pícaro de aquellas playas, echaría en el hemisiciclo del Congreso una naranja. ¡Cuidado, que yo, que he sido apedreado, sé que no hay que echar nada a nadie que hable! Echaría una naranja como símbolo, diciendo: en esta naranja, que es de la tierra donde nació San Vicente Ferrer, encontramos nosotros el símbolo de España. Fijaos en que es uno de los frutos que no tienen la pulpa unida, compacta, sino en gajos, perfectamente separados y definidos, pero todos herméticamente cerrados por la corteza, como en España, de distintas estirpes y geografías, se contiene la idea de la unidad nacional.

Pues bien; este amor de Sorolla a España se manifiesta en toda su obra de pintor. ¡Cómo la acaricia, según la va pintando! Pero donde adquirió un sentido casi sacerdotal, fué en ese cuadro de Castilla. Yo he tenido la fortuna de verlo, de contemplarlo fervorosamente en la propia Spanish Society. Allí se le ha reservado un aula, que tiene un friso más bajo, formado por maderas, ennoblecida su pátina en la propia Castilla, y una solería de estas rosetas rojas, vivas, que rezuman carmín, que son como del zaguán de un convento; luego, los distintos paneles, y al fondo, formando el frente, está esa «fiesta del pan en Castilla», que, en efecto — y no podía ser otra cosa siendo consejo y opinión del gran D. Manuel Bartolomé Cossío —, es descendiente de los frescos murales del Renacimiento; pero es también un cuadro español, y como tal cuadro español sigue la línea y la descendencia de otros cuadros españoles, que aparte de su valor pictórico, representan momentos peculiares, genuinos, de nuestro temperamento nacional. Esos cuadros son, por ejemplo,

«Las Hilanderas»; esos cuadros son, por ejemplo, «El Entierro del Conde de Orgaz»; esos cuadros son, por ejemplo, «Los Fusilamientos de la Moncloa». Y el gran pintor, glotón, inquieto, rápido, intuitivo, ¡cómo se ha serenado al pintar Castilla! ¡Cómo allí no hay la orgía del color, el revoltijo de la multitud! Cada cosa tiene su término, su proporción. Diríamos que para pintar este friso de Castilla, Sorolla fué a Burgos, y entrando en su Concejo agarró aquella primera vara de medir castellana, que allí se conserva, y convirtió el palo en astillas, y de esas astillas, que eran medida, hizo los palos de los pinceles para pintar el friso del pan. Todos lo recordáis de reproducciones fotográficas. Allá está, ancho, dilatado: a un extremo, la procesión que llega, con aquellas banderas de aquel damasco vivo, palpitante. Es la única cosa que surge, que pudiera ser un árbol en aquel paisaje que no tiene ninguno. No es que no los tenga Castilla, sino que simbólicamente parece que Sorolla ha querido dar a entender que los verdaderos árboles de Castilla son los que se han convertido en banderas, los que tienen una misión de idealidad. Y luego, a la sombra de ellos, la procesión que avanza. La Guardia civil, la Guardia civil, elemento decorativo de nuestros paisajes, y que de tal manera va cuajando en el credo popular, que un día parece que va a ser más que eso; que van a formarse los Tercios todos y van a constituir la columna vertebral de España. Luego, más jinetes, en esos caballos de dehesa salmantina, que parecen forrados de raso, prestos a estremecerse, y en ellos, escultóricamente, los charros, y las mujeres castas, honestas, secas en su lustre, llevando el pan como llevarían al propio hijo de sus entrañas. Allá, al fondo, sobre el azul, recortándose en uña, está el paisaje de Castilla: el Alcázar, las murallas, y luego los carros con el toldo de teja, cargados de seca y blanca harina. Parece como que al pintar Sorolla la transparencia de la sombra, siente la nostal-

gia de la cal levantina, teñida también por las sombras diáfanas; y la siente también al pintar los bueyes de una carreta, con el belfo de goma; y están los borriquillos de piel plateada, como de tisú gastado, y las mulas en que las tijeras del esquilador hacen sus labores, que parecen las de los alarifes en nuestros viejos edificios mudéjares. Luego, la multitud, no arracimada, y que alcanza la suprema serenidad en la madre que tiene su nene sobre el regazo. Al fondo, remontándolo todo, aquellos contemplativos, aquellos estoicos, que están medio petrificándose o convirtiéndose en yesca, envueltos en el gran latifundio de su capa parda. ¡La fiesta del pan! Porque, en efecto, Castilla es el pan. Recuerdo la humorada. Una tarde, yendo por la tierra burgalesa, vi sobre unas lomas suavemente henchidas, que tenían color de hogaza, cómo venían unos clérigos con sus sotanas, y eran hormigas sobre el pan. En efecto, haciendo un símil a la manera levantina, fijaos cómo en la mesa, que puede ser España, Castilla es el pan, está en medio, con su morenez suave, y en torno está todo el litoral, que es la exhibición de los manjares alegres, risueños, fragantes, con sus salsas; pero Castilla es el pan, y no sólo es el pan en imagen pictórica, sino históricamente, mística-mente, porque desde que España es España, cada una de las regiones periféricas va ofreciendo su manjar distinto, contrario, opuesto a los otros manjares; pero Castilla, que no da manjar alguno de esos que producen las distintas regiones, ofrece su rebanada de pan, de ese pan que antes de cortarlo, se bendecía, rayándolo con el cuchillo.

Pero apartándome de estas opulencias, aquí y ahora, sobre el yunque de Sorolla, lo que se difunde es el olor balsámico de su mujer. ¡Qué triste cosa es ser mujer de un grande hombre, según parece! Cuando se inauguró el monumento a Anderssen, estuvo su viuda en la solemnidad; alguien la felicitó por haber sido la

esposa de Anderssen, y ella contestó: «¡Si viera usted qué incómodo era en su casa!» Clotilde era la mujer predestinada para Sorolla. Nace a su tiempo, nace en su ciudad, hija del hombre que le protege. Es primero la muchacha que le deslumbra por el rango social, más alto que el suyo; luego la novia que le hace espolear en su trabajo; más tarde, la compañera en los días duros; después de ser ya su nombre famoso, la madre de sus hijos, su modelo, su enfermera, su viuda; y hoy es quien vela sobre su inmortalidad, quien la ha conseguido. No en balde la paleta de los pintores es redonda, porque muchas veces, y desde luego en este caso de Sorolla, puede servir como nimbo de la cabeza de su viuda, de su madre, de su enfermera, de su modelo, de su alma. En Clotilde, fina, aérea, sutil, todas las distintas femi- nidades se juntaban, como vía láctea a cuyo resplandor peregrinaba el corazón de Sorolla.

Y he aquí, señoras y señores, por qué hoy, allá en Peñíscola al pie del promontorio en que están en triunfo todas las riquezas, todas las bellezas, todos los títulos ilustres del Mediterráneo, el *bufador*, la gran caracola, está sonando victoriosamente y haciendo que se escalofrié de placer el agua del *Mare Nostrum*.

DISCURSO DE DON AMALIO GIMENO

EXCMO. SR.

SEÑORAS, SEÑORES:

DECIR... ¡Sorolla...! sería bastante para honrar su recuerdo. Hay nombres que encierran toda una vida triunfadora, y tan henchidos están de gloria que, apenas son pronunciados, se abren dejándola escapar. No haría falta hablar del ilustre artista con propósito de ensalzarle de nuevo, si este momento solemne y este sitio en que flota un aliento de su espíritu no lo exigieran. Sensible es que haya sido mi persona una de las encargadas de evocar su grata memoria. Erraron en la ocurrencia los que la tuvieron al elegirme, obligándome a buscar en el hondo afecto que a él me unió lo que no tengo de conocimiento para juzgarle ni de elocuencia para enaltecerle.

Estamos aquí hoy en presencia de un hombre, que muerto, aun vive, y de un hecho ejemplar. Otras palabras podrán decirnos cuál fué la esencia íntima del alma del hombre y cuál el significado del hecho, donación sin igual en la que se unieron la generosidad principesca y el noble altruismo. Mi intención es más modesta y a ella me acojo para aligerar mi papel. No esperéis de mí algo que no sea un teclear rápido sobre la obra prodigiosa de Sorolla; un vuelo superficial que la domine fugazmente; un examen que apenas ahonde; lo que cualquier cerebro culto encuentre en

ella capaz de atraerle y alucinarle con el placer que pide, tras de la admiración, el aplauso. Y nada más, porque nada más podría yo daros. Haber acompañado al artista en su vida fecunda de cerca y de lejos, es lo único que me da derecho a hablaros en esta ocasión.

* * *

Conocí a Sorolla joven, muy joven, en tiempos en que la mujer que luego fué la suya, traspasaba los linderos de la pubertad: la esposa a quien más tarde había de llevar al lienzo con su distinción aristocrática, finura expresiva y apostura gentil. Seguile con el pensamiento en su camino del éxito merecido y de la fama universal; y desde su *Palleter* de inciertos pero vigorosos comienzos, y su *Dos de Mayo* romántico y valiente, hasta la gloriosa apoteosis de España que luce en tierra americana y que atravesó el Atlántico sin que en la nuestra fuera conocida, sé toda su colosal obra, dorada por la poesía del color y llena de vida. Al recordarla, dejadme hablaros de algunos rasgos de su arte insuperable: luz, movimiento y verdad. Feliz yo si lograra acertar.

No pueden desprenderse dudas de lo que os diga en este breve discurso. Tenéis aquí testimonios elocuentes de ello. Lo son de una enorme y fructífera labor. Pasead la mirada por las salas de esta casa, franqueada ahora a la admiración y al estudio, y pronto os convenceréis de que no acompañará la exageración a mis afirmaciones. Trataré tan sólo de subrayar los aciertos que tuvo el pincel de un gran artista. Estoy seguro de que por los mismos ojos abiertos a la curiosidad os ha de entrar el inefable goce de la belleza que un cerebro genial pudo concebir y una mano diestra supo ejecutar.

De cómo lo consiguieron mano y cerebro voy a intentar daros idea.

* * *

La más señalada característica del arte de Sorolla fué el dominio de la luz. Ocioso decir que sin luz no hay color; pero bueno sería recordar que no todos los artistas ni todas las escuelas han empleado de igual manera esa luz. Los venecianos, según Reynolds, concedían a sus cuadros la cuarta parte de ella; Rubens una tercera y Rembrandt sólo una octava. Sorolla, sin medir el espacio que la luz le daba, pintó mucho al aire libre, a sol batiente, y tomó siempre de éste la que quiso o pudo.

Hay que haber nacido en la riente costa mediterránea, donde a diario llega con la brisa levantina el aliento que viene de Grecia pasando por Italia; hay que haberse criado junto a aquel mar desde cuya orilla se ve salir por las aguas el rojo disco antes que otra tierra peninsular lo vea, para adivinar que el alma de Sorolla debiera ser alma helénica enamorada del sol.

Su luz le embriagaba: era de ella amante leal y perseguidor incansable. Celoso en demasía de las prodigalidades del astro que no pudiera él utilizar, lo acechaba a diario, dispuesto en todo instante a traerlo al lienzo. Su captura afortunada era un raptó que le daba supremo placer; y, tanto se habituó al capricho de sus rayos, que llegó a no arredrarse por la dificultad de apresarlos a través de los cañizos medio rotos de una barraca de playa, en las faldas movibles de sus mujeres y en el cabrilleo de las aguas, o en las chispas luminosas de un mechón de pelo ondulado al viento. Mirad sus cuadros: son argumentos irrefutables de lo que afirmo.

Y cuidado que es difícil llevar a la tela con la punta del pincel el reverberante rayo amarillo del mediodía, los cambiantes variados del mar y los reflejos del inmenso resplandor del espacio cuando el astro solar lo inunda con la grande *sincromía* del estío.

Es natural que dominara el color quien se servía de la luz como Sorolla. Esto, que no puede aprenderse en los libros, es un

alfabeto cromático fácil de deletrear con el maestro en el estudio; pero el pintor de genio, soltando a tiempo los andadores académicos, saca luego del ambiente libre un acabado y perfecto lenguaje, a modo de idioma que se aprende sin gramática. Sólo de la inspiración pueden venir las metáforas del color, pues no hay retórica artística que enseñe a usarlas. Por tal causa, un hermoso colorido que da impresión de vida, tomada de la Naturaleza a préstamo por el pincel, sorprende y deslumbra. Estoy con Taine diciendo: «¡Qué miserable instrumento es la palabra! Un tono de carne satinada, una sombra luminosa encima de un hombro desnudo, un temblor de claridad en una seda movediza atraen, retienen y llaman a los ojos durante un cuarto de hora, sin que salgan de nosotros más que frases vagas para expresar nuestra emoción».

El enamorado de la Naturaleza adora al Sol, padre de la vida, engendrador de las vibraciones desiguales de la luz que son el color, y Sorolla parecía llevar desde que abrió los ojos al mundo del arte su imagen centelleante en la retina. Por algo de esto decía Gibbons cuando la célebre Exposición de las obras de nuestro pintor en Nueva York (1909), que Sorolla «había nacido con un rayo de sol dentro del cráneo»; y Townsend añadía que «era el más afortunado pintor del sol y del aire». «Nunca pintor alguno se empapó en tanto sol», afirmara Rochefort en ocasión de haber expuesto Sorolla sus cuadros en el Salón Georges Petit de París, después de obtener el Gran Premio de Honor; ni anduvo entonces menos pródigo en elogios Mauclair al decir que en aquellas salas deslumbradoras «cantaban admirables poemas de claridad».

El sol era para Sorolla una obsesión tiránica. Entregado al asunto de un cuadro que había de pintar al aire libre, más de una noche se levantó de la cama para ver si lucían claras las estrellas en la calma de una noche serena anunciadora de un sol radiante

al otro día; y, si encontraba entoldado el cielo, la inquietud del insomnio le amargaba las horas. Huía de las nubes en sus lienzos. Apenas si algunos muestran toldos grises nubosos o cúmulos flotando en el azul.

El sol de la tarde fué sobre todo en varias ocasiones el motivo de sus preferencias. Comprendía que el crepúsculo vespertino es el momento de la gran armonía polícroma, al fundirse el rojo ardiente de la bola de fuego que se oculta, el rosa pálido de las nubes más altas, el amarillo tenue, el verde y el violeta anacardos sobre el pálido azul de esmalte que ofrece como fondo el cielo. Toda esa claridad inefable baña a las gentes y a las cosas, a la atmósfera y al mar con indecible encanto en ciertos cuadros de Sorolla.

* * *

Otra característica de la pintura de nuestro insigne artista, que yo hice notar el primero en el homenaje solemne que dedicó a su memoria la Academia de Bellas Artes de San Fernando, fué su amor al agua como asunto de sus cuadros. Yo creo que la amaba por verla frecuentemente desposada con la luz: unía de este modo en un solo fervor sus dos grandes amores. Así parece, a juzgar por el empeño que ponía en buscarla siempre movediza e iluminada. Sabía sin duda que el agua es el más apropiado espejo de la luz y que ésta encuentra, en su delicado y flúido seno, regazo para sus encantos; que juega con ella, y, al resbalar por su superficie, quiebra en sus ondulaciones y espumas todo el haz de sus matices; y, no contenta con ello, va a teñir de verde intenso o de azul obscuro sus profundidades. No ignoraba tampoco que el sol la bruñe y dora, y el soplo del viento, agitando sus pliegues, ayuda a la magia del color.

A causa de ello sentíase solicitado y atraído por el agua.

Tomó el mar en muchas ocasiones como fondo de sus escenas de playa. Alguna vez también lo copió densamente azul entre rocas color de fuego en costas bravas, buscando el contraste de dos fieros colores. Allá donde había agua iba a encontrar la luz difusa reflejada o el parpadeo vibrante del sol. ¡Cómo acreditaba ser hijo de Valencia, de ese rincón de España donde la luz y el aire, el mar y el cielo, son el ambiente luminoso de los verdes arrozales, de los huertos de naranjos en flor y de las rojizas acequias corriendo por los campos fecundos! Pocas partes ofrecen mejor la alegría del vivir en comunión constante con la Naturaleza ubérrima.

* * *

Nota dominante en el trabajo de Sorolla era también su rapidez de visión y su prontitud en crear. No es la primera vez que digo cómo le acompañaba algún día en Valencia cuando él pintaba al aire libre de la playa. Sentado una tarde viéndole trabajar, asombrábame más y más de su presteza en llevar al pincel la instantaneidad de su ver, y dábale la razón del pintar deprisa. El solía decir que el tiempo no existía más que un instante y que había que apresurarse a fin de sorprender lo que se veía para apoderarse pronto de ello. Y yo, miraba alrededor de qué manera se movía y cambiaba todo; fijaba mi vista en las olas viniendo de la lejanía, encrespándose espumosas, para morir en la arena y dejar a otras el mismo camino; y alzaba los ojos y sorprendía a las nubes deshaciéndose y transformándose de continuo; y oía a mi lado el chasquido de las velas que se ahuecaban y volvían a caer para hincharse de nuevo al soplo del viento: mientras allá en el norte iba cambiando lentamente el color del cerro de Sagunto teñido de rojo por el sol al extinguirse el día.

Así comprendí que Sorolla pensaba bien. Convenía pintar deprisa a fin de que fuera menos lo que se perdiera para no

volver. La rapidez da la espontaneidad, y ésta el verdadero realismo. ¿Defecto?... No; más bien una hermosa facultad que permitía a Sorolla prestar verídicos calor y vida a sus cuadros. En la lucha entre el artista y lo que ve, es difícil que venza siempre aquél en todo; pero cuando vence y clava la luz y el movimiento en la tela como se clava una libélula en el corcho, el buen éxito es seguro. Nadie negará que Sorolla fuera maestro en conseguirlo.

Pintar con rapidez lleva también al impresionismo, es verdad; mas no al impresionismo de los que pretenden tener ojos que nadie tiene, ni tampoco a aquel de que hablaba Botticelli al decir que, arrojando a la pared una esponja empapada en varios colores, se podía tener un paisaje. Así no hacía Sorolla su pintura: estaba lejos de dar motivo para creer que el paso rápido del pincel por el lienzo significara en su mano un aprovechamiento improvisador. Pintar un retrato en breves sesiones maravillaba; y a los que le aplaudían por ello decía interrogándoles:

—¿Olvidan ustedes que para llegar a esto he necesitado una vida entera?

Tenía razón, mas no del todo; pues fingía ignorar lo fulgurante que es la inspiración. Significa élla algo que nace ya con el cerebro y en él se perfecciona: algo espiritual que se apoya en el estudio y que salta por encima de éste, poderoso y con bríos sin pedir permiso a la voluntad: algo que existe y actúa independiente y libre del pensar. Sorolla lo poseía en grado extremo. Su actividad semejaba la función de una máquina a la que se hubiera dado cuerda para que, incapaz ésta de cansarse, animara febrilmente toda su obra.

* * *

Además de espontáneo era sincero nuestro pintor. Sinceridad tenía de sobra. Pintaba lo que veía y como lo veía, fielmente

y sin deformarlo. Hubo veces en que se desesperaba por no distinguir bien la huella que las pezuñas de los bueyes dejaban en la arena y que el agua de las olas moribundas borraba prontamente: nunca quiso inventarla, sino sorprenderla y tomarla. Ningún torcido pensamiento de mentir guió su mano. Sus cuadros fueron leal trasunto de la Naturaleza que él sabía embellecer.

En el Arte hay mentiras admisibles y mentiras reprobables; y conviene distinguirlas. Bien se sabe que el Arte es, todo él, una ficción; por eso tiene aproximado parentesco con el artificio. El artista y los que le admiran quieren engañarse con una representación figurada de lo que existe. Conocen que es un fingimiento el color y un disfraz de que se viste el lienzo; que es apariencia el relieve y falso el efecto de la perspectiva geométrica creadora de distancias mentidas y de fondos inexistentes. No se ignora que el pincel es un embaucador, hábil en hechizar con sus embustes agradables. Todo ello nos escamotea la verdad, y, sólo por el placer que nos causa podemos perdonarlo, con tal de que la mentira sea capaz de imitar honradamente lo natural. Y si el artista ha de ser necesariamente un falsificador, que lo sea de buena fe y que haga la moneda falsa, de tal modo brillante y perfecta, que parezca oro de ley, aunque se sepa que es cobre. En el mundo de la belleza no hay otros valores, y ellos bastan, gracias a la divina voluntad que nos concedió el supremo don de la fantasía.

No de otro modo se da relieve a un lienzo plano, vida animada y exuberante a un rostro, movimiento a un miembro que simula la marcha, a un árbol que parece cimbrarse, y a la Naturaleza entera que se estampa con hermosa armonía de líneas y colores. Asombros a que llega la pintura sin materia que abulte y pese. No es extraño que Leonardo de Vinci la llamara «cosa milagrosa que hace palpable lo impalpable».

Para eso, un cerebro como el de Sorolla tiene que empaparse en todo lo que le rodea. Byron exclamaba: «¿No son las montañas, las olas y los cielos parte de mí mismo y de mi alma, como yo lo soy de todos ellos?»¹. A eso debía Sorolla el sentido de realidad que tuvo su obra. Sorolla fué un pintor de hoy: de nuestros tiempos. Aunque poseía una visión kaleidoscópica de ancho campo, carecía de la percepción arcaica. Nunca acertó a mirar hacia atrás, es decir, a los tiempos pasados, a fin de buscar asuntos. Eso cautivó muy poco su atención. No supo o no quiso hacer revivir en sus cuadros las figuras de la historia. Se resistía a tal cosa, y más de una vez confesó que los modelos con trajes de guardarropía no eran capaces de inspirarle nada. Desconoció la afición de evocar cosas y hechos para él ignorados. Alguna vez le oí decir que, pintando lo que existe ahora, se pinta historia para el porvenir. Velázquez no pensó en pintarla, pero reproduciendo escenas de su tiempo hizo historia para nosotros; y de historia son en nuestro tiempo sus retratos de reyes y próceres y su *Rendición de Breda*.

* * *

Era natural que, pensando así Sorolla y tomando de la vida presente materia que moldeaba en su cerebro, gustara de verter en sus obras todo lo movido de nuestro mundo, que supo pintar con vista constantemente escrutadora, atención continuamente despierta y ánimo diariamente agitado. Ayudábale a ello la misma fiebre de su actividad y un apetito de reproducir y crear jamás satisfecho. La evocación de lo antiguo no requiere apresuramiento: lo que pasa a nuestra vista exige imperiosamente, en cambio, la rapidez de la caza al vuelo. Sorolla no conoció en esto

¹ *Are not the mountains, waves and skies a part of me and of my soul as I of them?*

la fatiga. Fué su vivir el de vibrar a todas horas. Le devoraba el deseo incesante de trazar dibujos, de tomar apuntes, de pintar siempre. Ni el papel, ni la tabla, ni el cartón, ni el lienzo le daban abasto. Hubo ocasión en que dibujó sobre la funda de los lentes, y en sus comienzos de vida artística en Italia hasta llegó a pintar en las paredes de su casa de Asisi. Tenía ansia de conservar gráficamente cuanto atisbaba su vista avizora de pájaro de presa. Tomando café en mi casa, en noche de años lejanos, hizo un retrato mío sobre una tarjeta que conservo como recuerdo piadoso de una amistad sin eclipses. Sorolla estaba a todas horas dispuesto a coger el perfil movedizo, el color cambiante y la luz furtiva.

Una obra colosal fué la suya. Los museos extranjeros guardan algunas de sus joyas artísticas. América se ha enriquecido con otras valiosísimas. Palacios y casas de inteligentes, de aficionados y de amigos, tienen pruebas inapreciables de su trabajo incesante y fecundo. Este mismo Museo, donación generosa a la que nunca bastarán el aplauso y el elogio por mucho que se prodiguen, le hallaréis colmado de apuntes curiosos, de manchas interesantes, de cuadros soberbios, señales inequívocas de que, aun durmiendo, hubiera querido dibujar o pintar, a ser posible.

Pocas veces se imprimió así en una obra el carácter de quien la hizo. La inquietud espiritual de Sorolla, que apartaba el descanso, y su aspiración a tomar de improviso lo natural para hacerlo su esclavo en pronta ejecución, se ven en todos sus cuadros al aire libre. Pintar lo que se mueve fué su norte. Veía y reproducía el viento deshaciendo la espuma jabonosa de las olas y sus bueyes rojizos hincando fuertemente las pezuñas en la arena húmeda como punto de apoyo para arrancar. Se adivina a través de las ondas azuladas los músculos contraídos de los que nadan, y se admira a las garridas pescaderas marchar airoas, balanceando los brazos, al rítmico paso de los pies desnudos.

Y todo ello con una técnica impecable que sorprende. Una técnica de atrevidos arrastres para modelar con un trazo: de veladuras suaves que dan morbidez: de chispas doradas y manchas luminosas: de pinceladas valientes: de empastes sólidos a fin de levantar relieves: de colores transparentes dando ligereza; de sombras que huían del negro y de blancos que no lo eran, siendo reflejos de cuantos matices arrojaba sobre ellos el ambiente luminoso.

Aun consiguió meter en mucho de esto la alegre vida retzona de las figuras que palpitan y se mueven, de la mueca del pilluelo de playa, del cielo risueño de sus paisajes, hasta de la verde lozanía de sus árboles, del correr de sus fuentes rumorosas y del ruido que se adivina en sus olas.

Así marchó Sorolla con paso firme y suelto hacia su perfección. Artistas hay que alcanzan las puertas de la fama y, mareados por el vaho del triunfo, se detienen y giran dentro de un círculo que, aun siendo grande a veces, es siempre al fin curva cerrada en que su amor propio, intoxicado por la lisonja, háceles caer en el amaneramiento de una falsa maestría que sólo a los profanos suele engañar. Sorolla no se detuvo: quiso adelantarse constantemente a sí mismo: el Sorolla de un día era más que el del día anterior, pensando en superarse al día siguiente. De este modo fué aliviando de naturales prejuicios su técnica, aumentando el vigor de su paleta y progresando sin cesar en la robustez de su estilo y en la valentía de sus anhelos.

Con éstos llegó en marcha triunfal a su Walhalla glorioso, donde le esperaba cruel la muerte pero también la fama acogedora. Mucho merece su memoria el homenaje de la posteridad y la gratitud de España; y de ésta especialmente por la apoteosis que de ella hizo en maravillosos lienzos. América los posee todos. Lamentable fué que aquí no hubieran sido expuestos a la pública

admiración; pues de haberlo sido hubieran causado verdadero asombro. Los que sólo de oídas han sabido de ellos o los conocen por la fotografía, inhabil para reproducir la atractiva verdad de la pintura, no tienen idea de lo que esa magnífica obra de Sorolla es como la culminación de su trabajo. Si el color se convirtiera en sonido y las figuras en palabras serían esos cuadros estrofas brillantes de un soberbio canto épico entonado al pueblo español en tierras americanas; las mismas tierras donde fué nuestro idioma el primer idioma europeo que resonó en el aire.

He dicho pueblo español y vuelvo a decirlo. Los cuadros que la *Hispanic Society* exhibe con legítimo orgullo de posesión en Nueva York son la franca y leal representación de nuestra multiforme raza española; de nuestra gente toda, buscada en variadas regiones, en campos y ciudades, en montañas y junto al mar; sacada del trabajo diario y de las fiestas populares; y como su marco venerable, una interesante galería de cuantos hombres notables ilustran con su saber la vida contemporánea. Nuestro pueblo, en suma, dentro de su mismo ambiente, poetizado por la pintura, y que allí quedará como perdurable capítulo gráfico de su historia.

En aquellos cuadros las andaluzas de Sorolla llevan la hermosura resplandeciente en su rostro y como símbolo de alegría la flor en el cabello: sus toreros no son caricaturas simiescas sino que ostentan la gallardía física y el aire confiado de la juventud que entre aplausos disputa la vida a la muerte: sus campesinos aparecen con la serenidad de la labor cumplida que espera el nacer del día siguiente para empezar de nuevo: Sevilla canta y baila; Valencia ríe entre flores: a los hombres de Vasconia, de Asturias, de Galicia, de Aragón y de Cataluña, los sorprendió el hábil pincel en su vida diaria: dan la impresión de que respiran

el aliento de sus bosques, la brisa salobre de sus mares o la atmósfera humosa de sus fábricas. Y, al verlos en el lienzo, piensa uno en el eco salido de la muñeira alegre, de la jota vibrante y brava, de la triste carcelera andaluza, de la cadencia del zortzico, de la repiqueteante seguidilla o de la sardana señoril.

En esta casa podéis contemplar algunos apuntes que sirvieron al pintor para su obra magna. Son migajas de un festín sabroso en que el arte de Sorolla no anduvo inapetente.

¿Que me he olvidado de Castilla? podréis decirme. ¡Ah, Castilla!... Dejadme reposar en la evocación de lo que vi aquí mismo un día. Avisóme Sorolla que tenía algo que enseñarme, y al aviso respondieron mis pasos tan pronto como mi deseo. Cuando entré en este salón súbito deslumbramiento me hizo cerrar los ojos. Al abrirlos parecióme que un gran telón había dejado descubierto escenario imprevisto. Cubría ese testero un lienzo inmenso cuajado de vida humana que, quieta, hormigueaba, y, muda, semejaba hablar. Hubo un instante en que me eché hacia atrás: de tal modo se venía encima aquella masa viva, cual colocada de intento para la sorpresa de que echara a andar.

En un ángulo del grandioso lienzo flameaban al viento altas y hermosas banderas de rojo damasco, y a lo largo de la tela, en catorce metros extendíase una asombrosa muchedumbre de gentes incontables, apiñadas en desorden aparente, no en posturas expectantes del relámpago fotográfico sino en actitudes a que la naturalidad daba sencillez y artística armonía. Admiraba la habilidad maravillosa en la composición, y hacíase uno cruces de que se hubieran podido agrupar en acorde justo y perfecto tantas figuras que debieron ser necesariamente estudiadas una a una. ¡Prodigios del genio! Lo eran ciertamente los indecibles primores de aquel panorama. A caballo y a pie, sentados sobre

costales de trigo o arrimados a carros repletos de sacos de harina; quiénes de espaldas, quiénes de frente o de perfil, daban idea aquellos seres de que, sorprendidos por una rápida señal imperiosa, habíanse quedado inmóviles pero con vida, dispuestos a reponerse cuando una nueva señal lo impusiera. Prodigios del genio aquellas mujeres de seria belleza castellana, aquellos hombres tostados al sol de la meseta, aquellos graciosos niños pendientes del tamborilero que golpeaba el parche y aquellas portadoras del pan en bandejas de blancos manteles. Prodigio asimismo el de la sierra del fondo, sobre la que, en las palideces del horizonte lejano, veíanse esfumadas las murallas de la vieja Avila y adivinábase el Alcázar de Toledo. Prodigios lo vistoso de los trajes regionales, la propiedad étnica de los rasgos de la raza y, en todo, las huellas del pincel soberano y el esplendor de arte que se desbordaba del grandioso cuadro. Apreté contra mi pecho al pintor. No pude articular palabras.

Esa Castilla y cuantas regiones forman la tierra española poetizada por Sorolla y por él eternizada en cuadros, es la España como ella quiere ser, vigorosa y alegre, trabajadora y fecunda, sin nieblas que turben su conciencia ni inquietudes que la acobarden, segura de que los pueblos que se empeñan en vivir no mueren nunca.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON FERNANDO DE LOS RÍOS
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

SEÑORAS, SEÑORES:

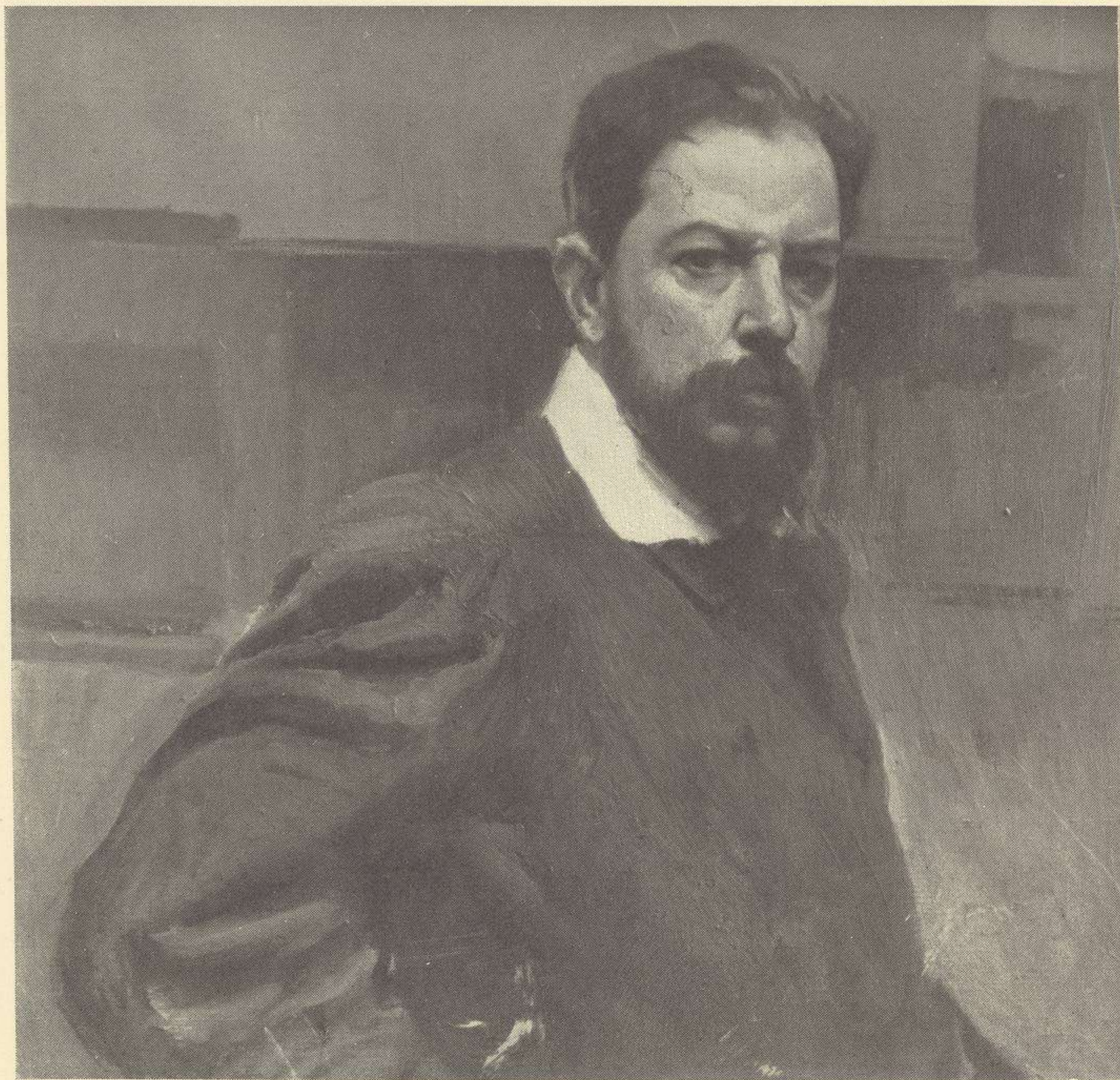
HE recibido dos adhesiones para este acto, que quiero subrayarlas: una, de míster Huntington, el gran amigo de Sorolla, el creador de la Spanish Society; otra, de la Escuela de Artesanos de Valencia, donde Sorolla comenzó su vida humilde para llegar a hacerla gloriosa.

Al entrar en esta Casa, Joaquín Sorolla me ha rogado que, en nombre de la familia, os exprese su gratitud y la exprese al Gobierno. Y esto no es sino un indicio de la conmovedora sencillez de Joaquín Sorolla y sus hermanas. No somos nosotros quienes hemos de recibir de él y de sus hermanas una expresión de gratitud; son ellos los que han de acoger la gratitud profunda de España por el acto admirable que realizan. Y debo deciros que jamás en ocasión alguna me he hallado en trance igual, ni creo que volveré a hallarme, de expresar tan a llenanza esta gratitud del Gobierno español y de España, porque no recibimos este espléndido donativo de unos padres sin hijos, ni de unos hijos que tampoco los tengan, sino que recibimos este gesto votivo de una unidad familiar que supo recoger de los artistas muertos el ascua encendida de su ilusión.

¡De los artistas muertos! Sí, señores; porque Sorolla era él y

era ella: que cuando un hombre se siente internamente acuciado por un ansia de creación y logra felizmente transfundir su ideal en su mujer, entonces recoge de un modo tan abundoso y generoso cariño y guía que, a la postre, la vida se funde, y se funde en la obra artística, y la obra artística de la vida es hogar y conducta. Cuando esto acontece, ¿quién guía a quién? ¡Ah!, en los momentos difíciles de desmayo, de desesperanza, de duda, de confianza excesiva, el espíritu de sibila de la mujer se adelanta; y es ella quien nos traza el camino de la vida, y lo traza con la idea, idea en el sentido griego: visión. Pero visión no reflexiva, que es fundamentalmente idea de hombre, sino visión nacida desde el hondón del espíritu; idea nacida de la entraña del espíritu, que es el único capaz de desentrañar lo que hay en los ojos de la esfinge.

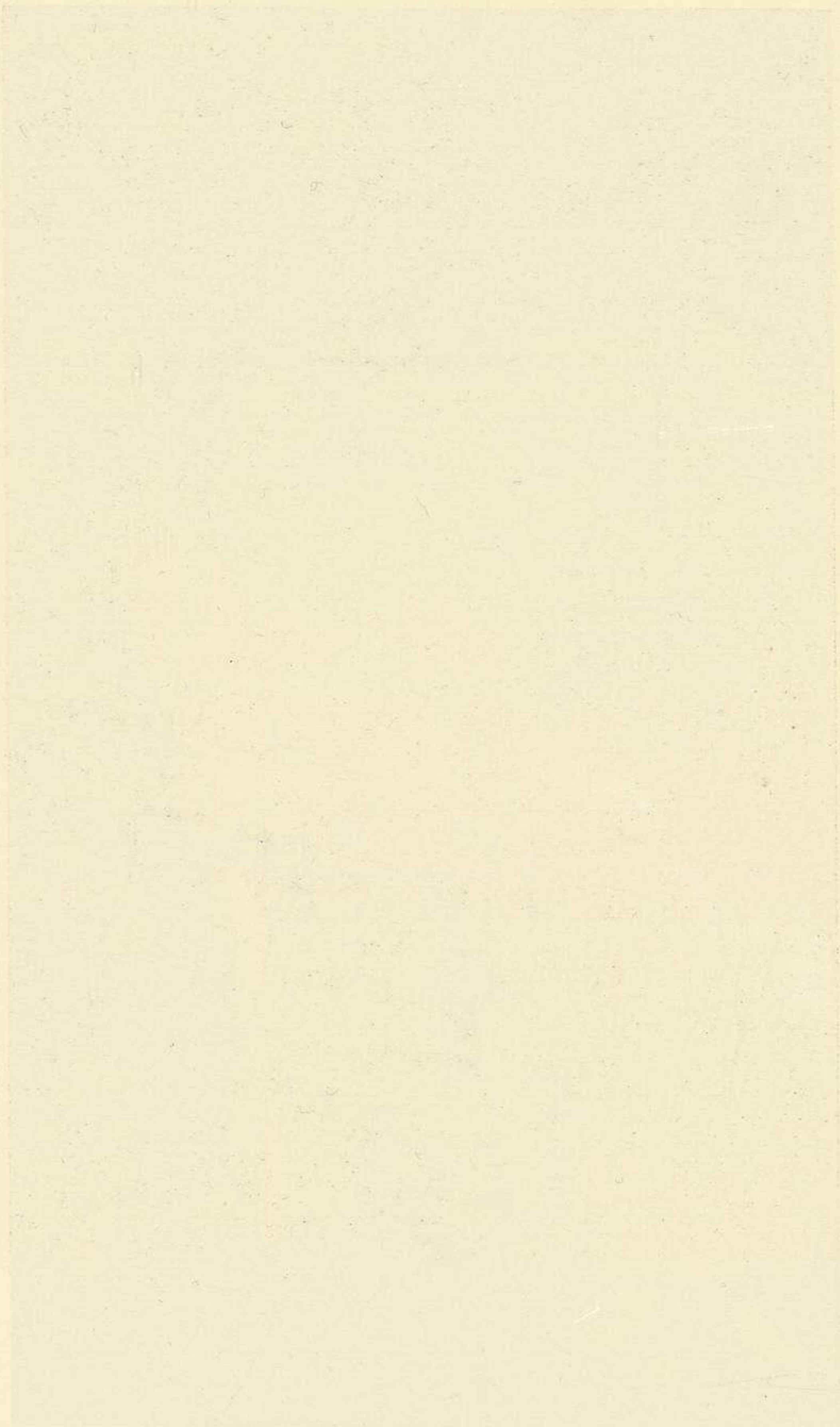
Esta Casa Sorolla alberga la gran pintura de Sorolla, pero también el espíritu de ambos, el desvelo artístico de ambos; y yo sé que al recibir esta Casa-Hogar y este Hogar-Museo, no con palabras de elogio justificado para la labor artística de Sorolla, labor perdurable, labor eterna, sino con emoción de gratitud profunda, en nombre del Gobierno y en nombre de España, y al hacerlo, considerando que aún más que el Museo Sorolla es esta «Casa» el fruto maduro de espiritualidad que la pareja Sorolla supo sembrar en el corazón de sus hijos, cumplo con un mandato espiritual, y es el de rendirle a él el homenaje que hubiera sin duda alguna preferido.



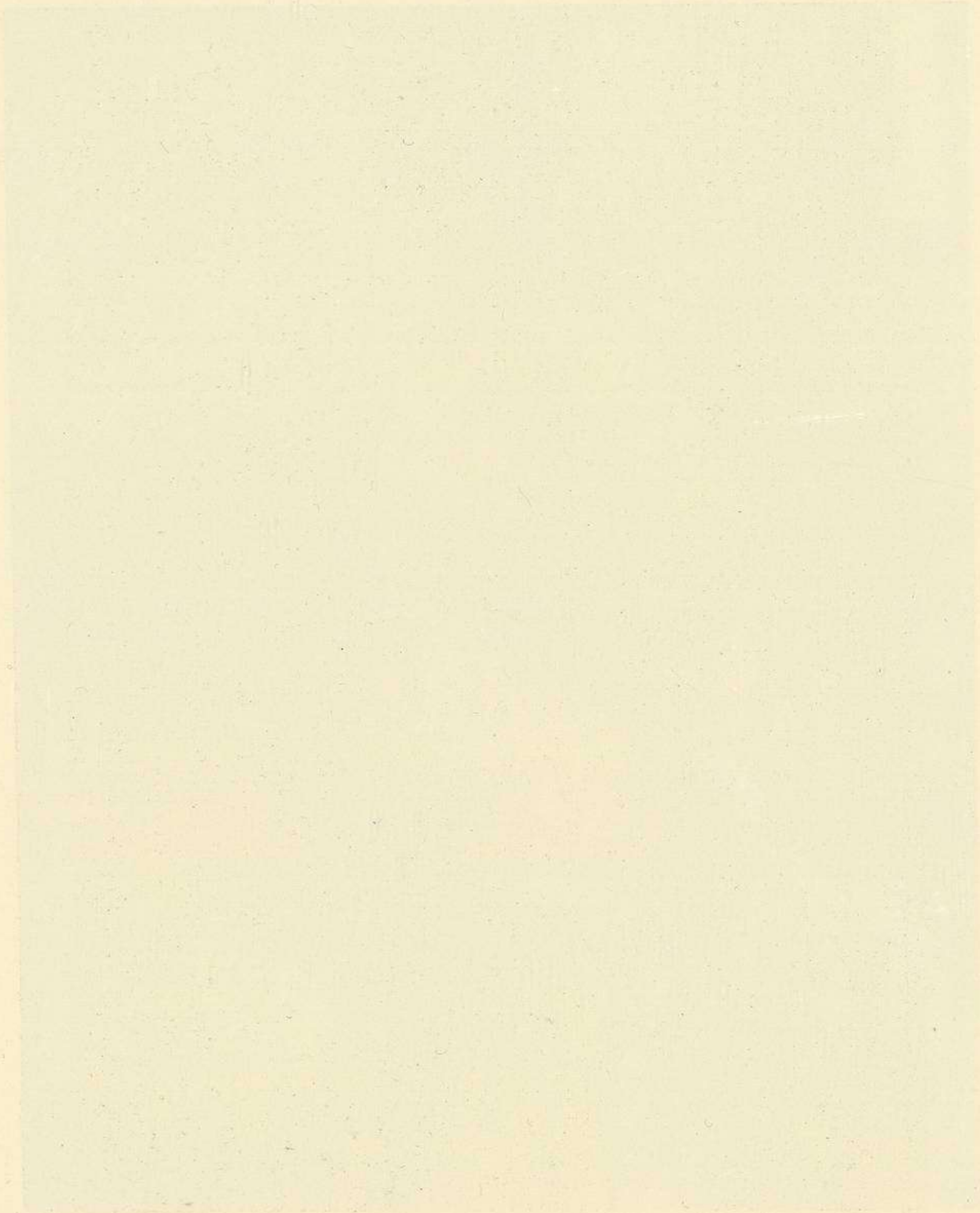




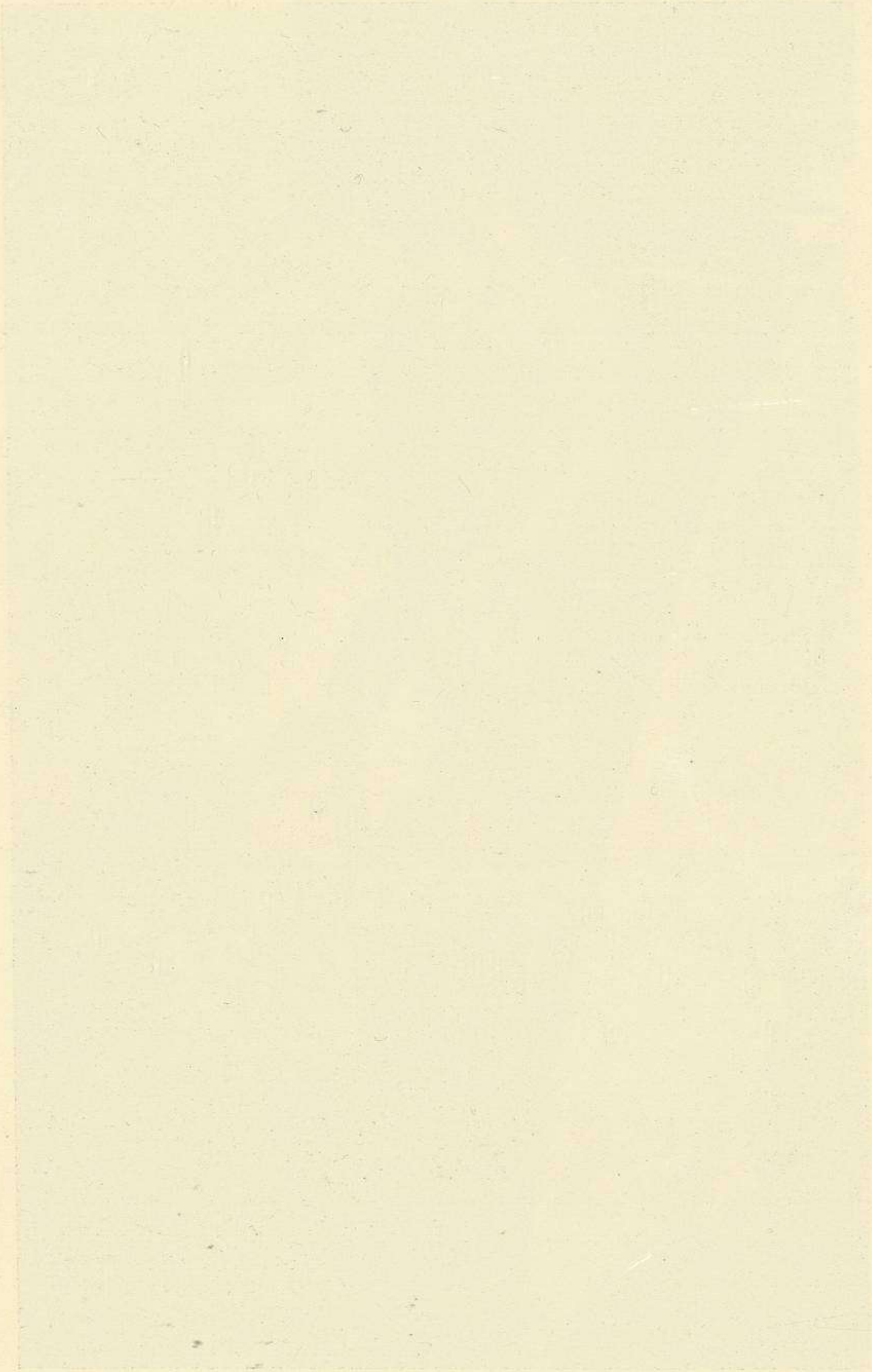
RETRATO DE LA MUJER DEL PINTOR







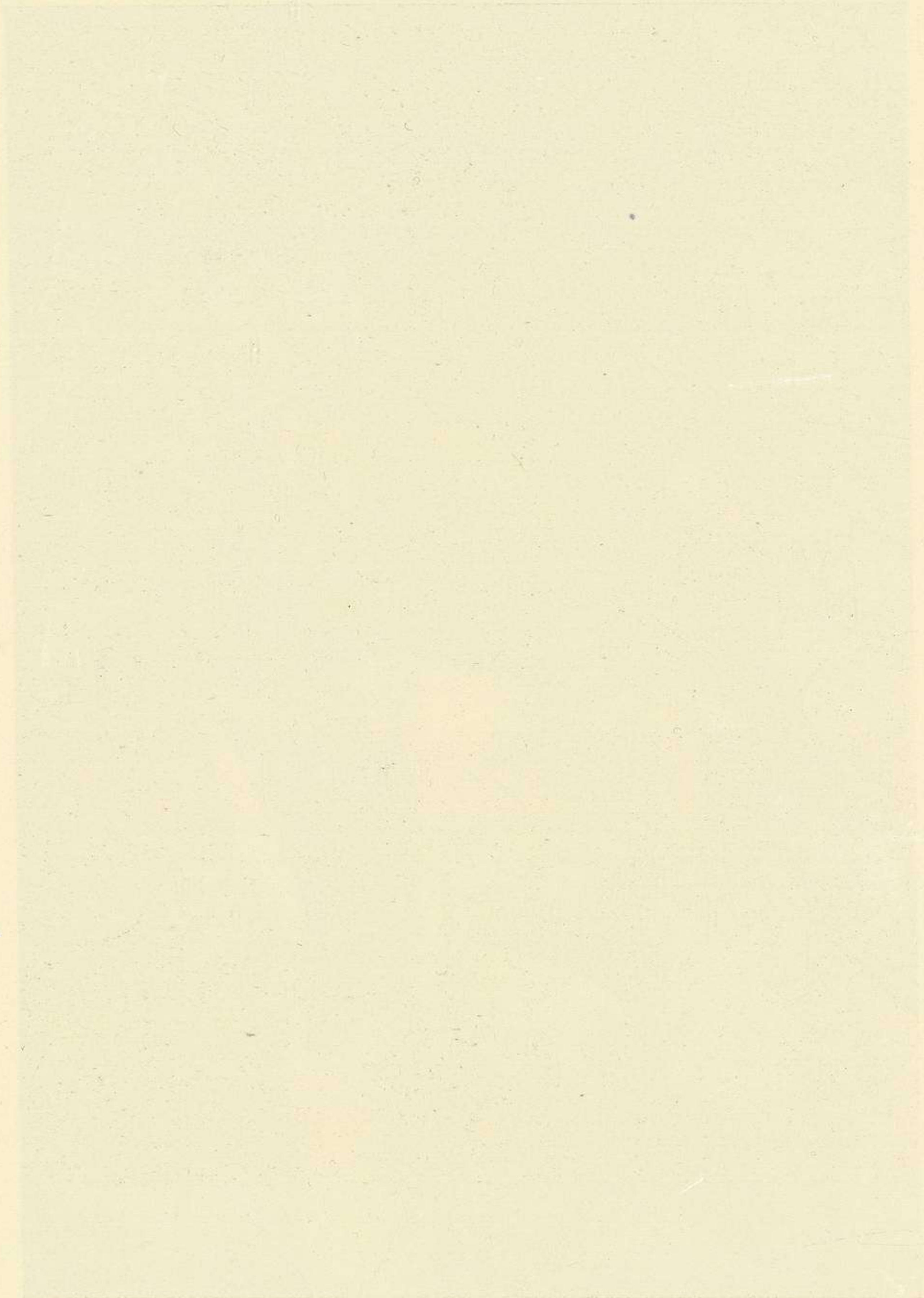






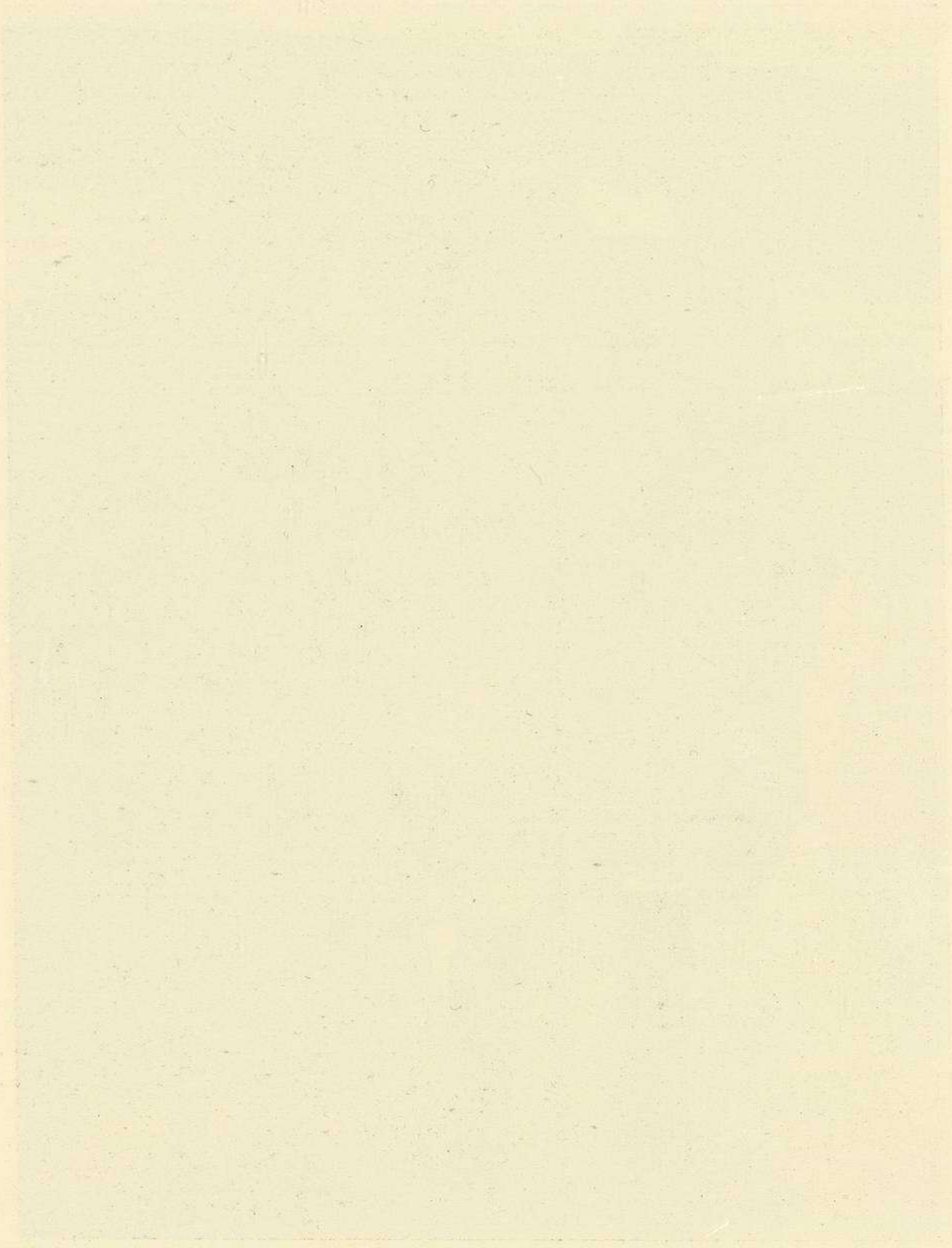


DIBUJO AL CARBÓN

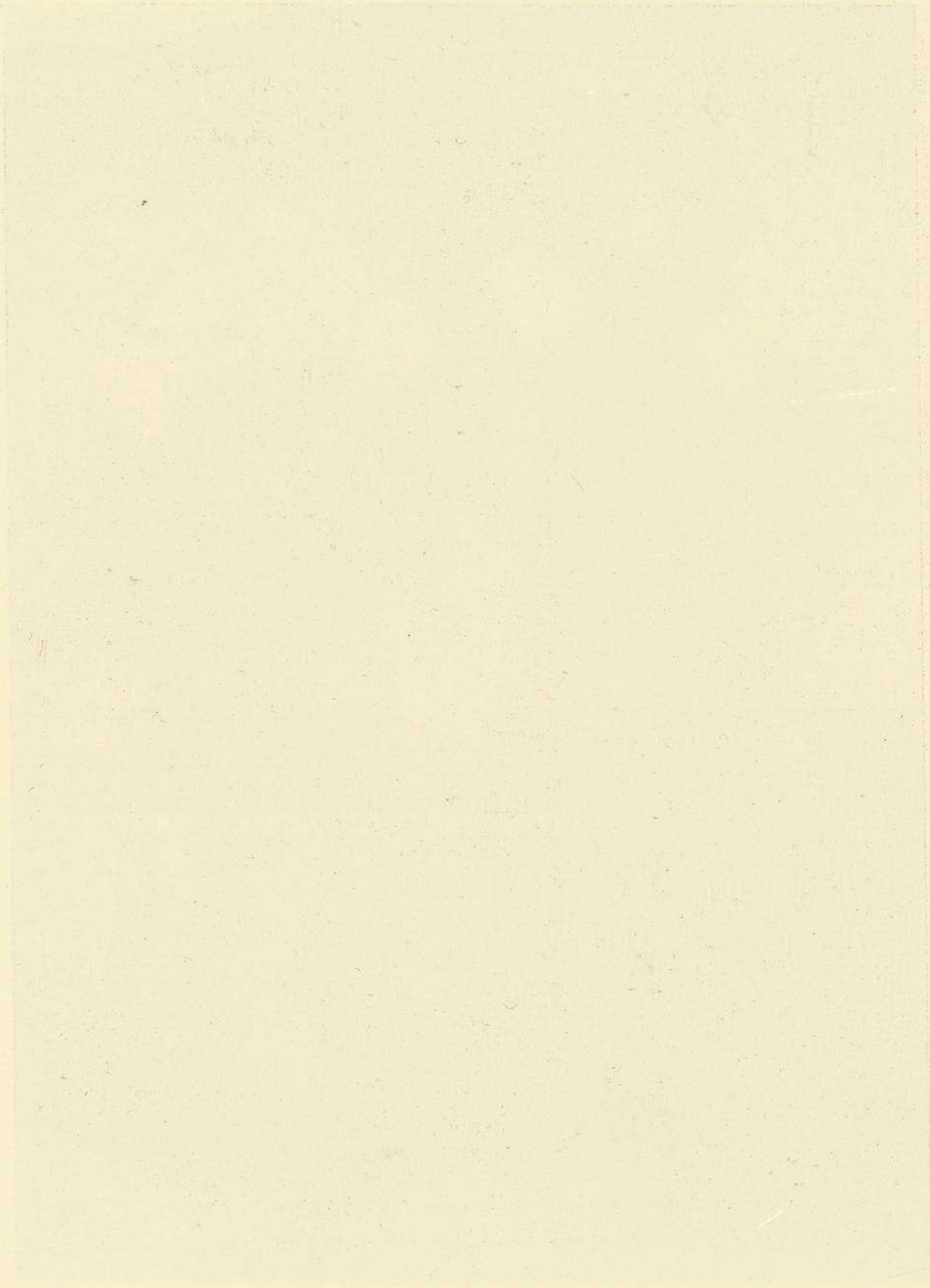




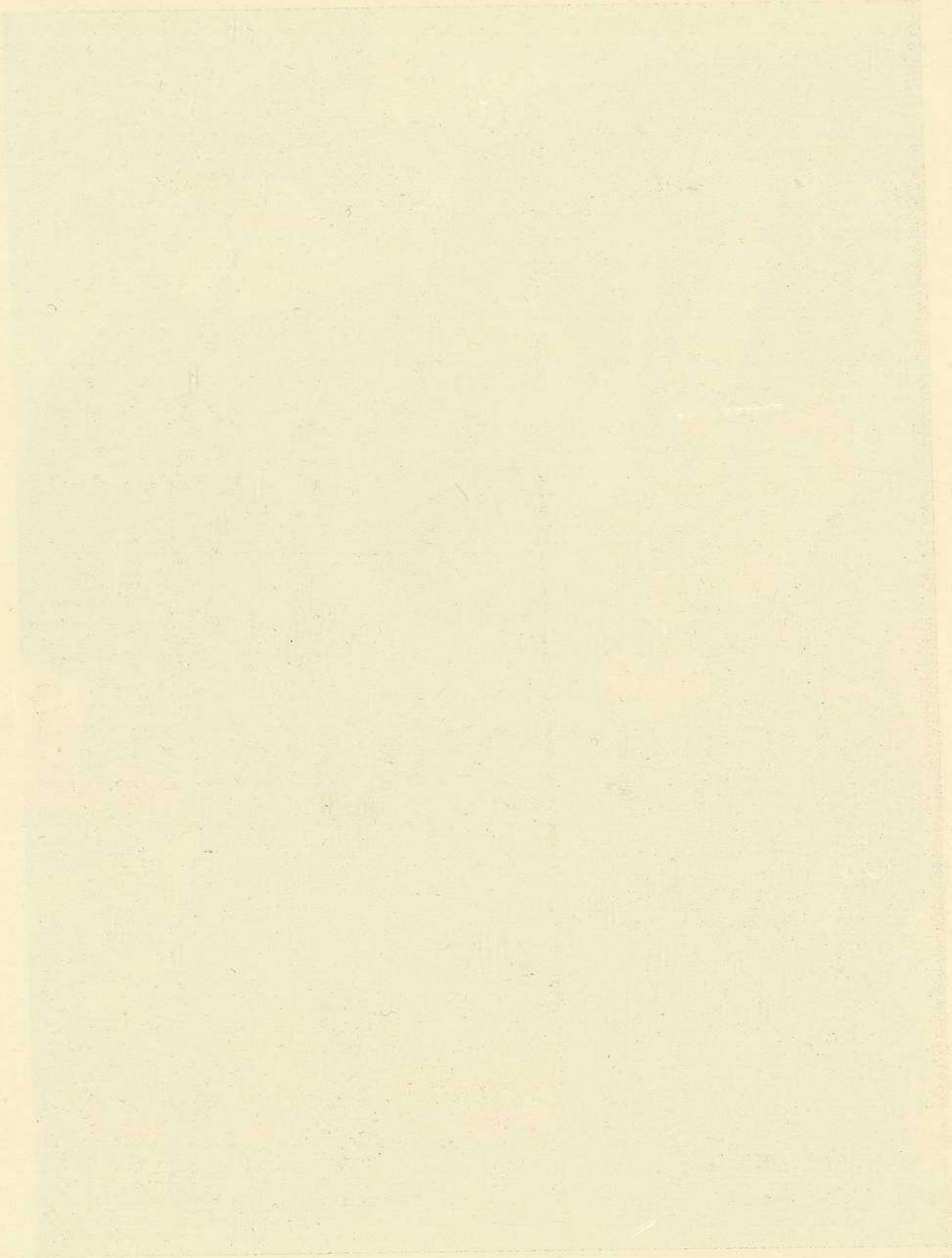
TIPOS REGIONALES: "CASTELLANOS"

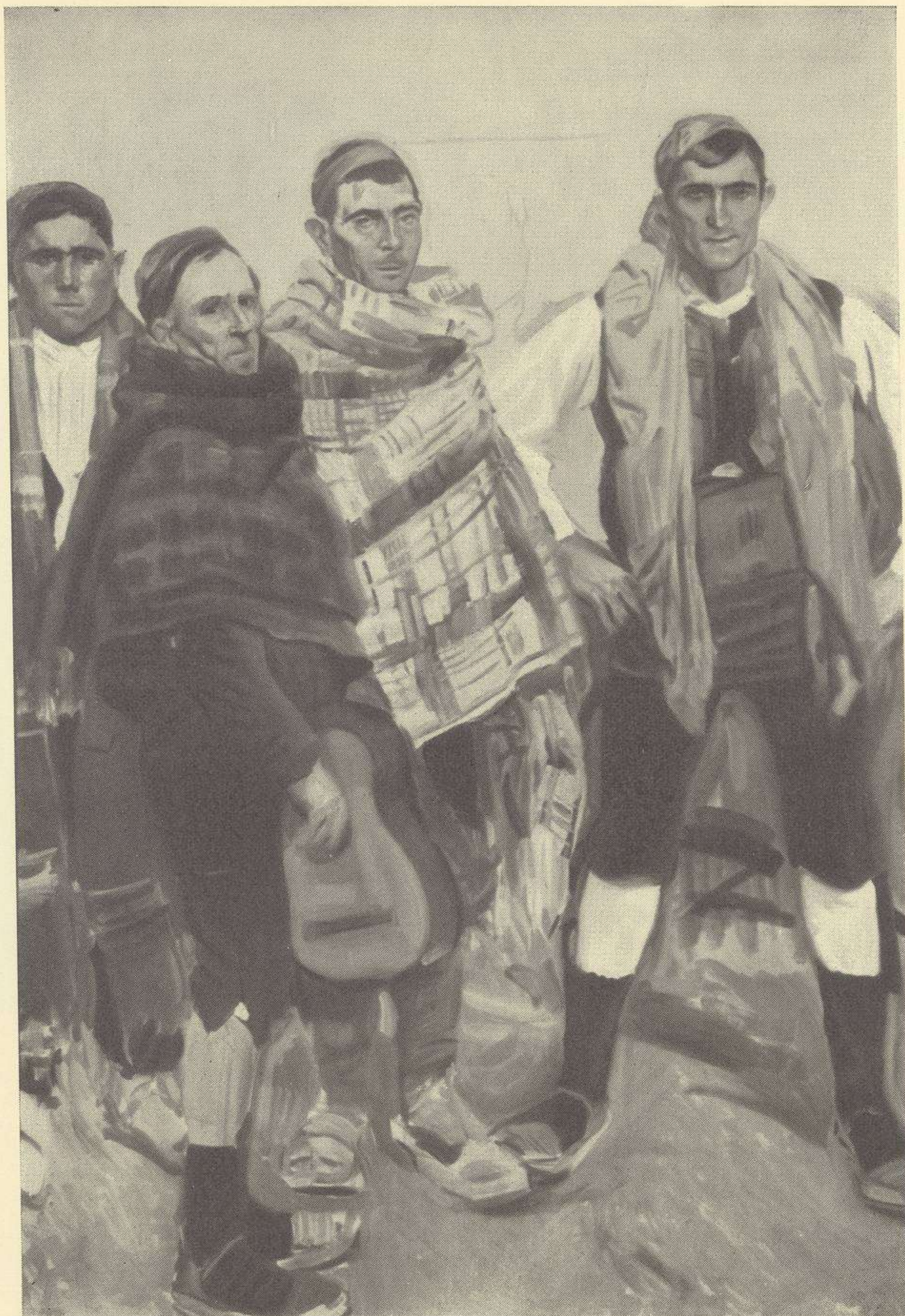




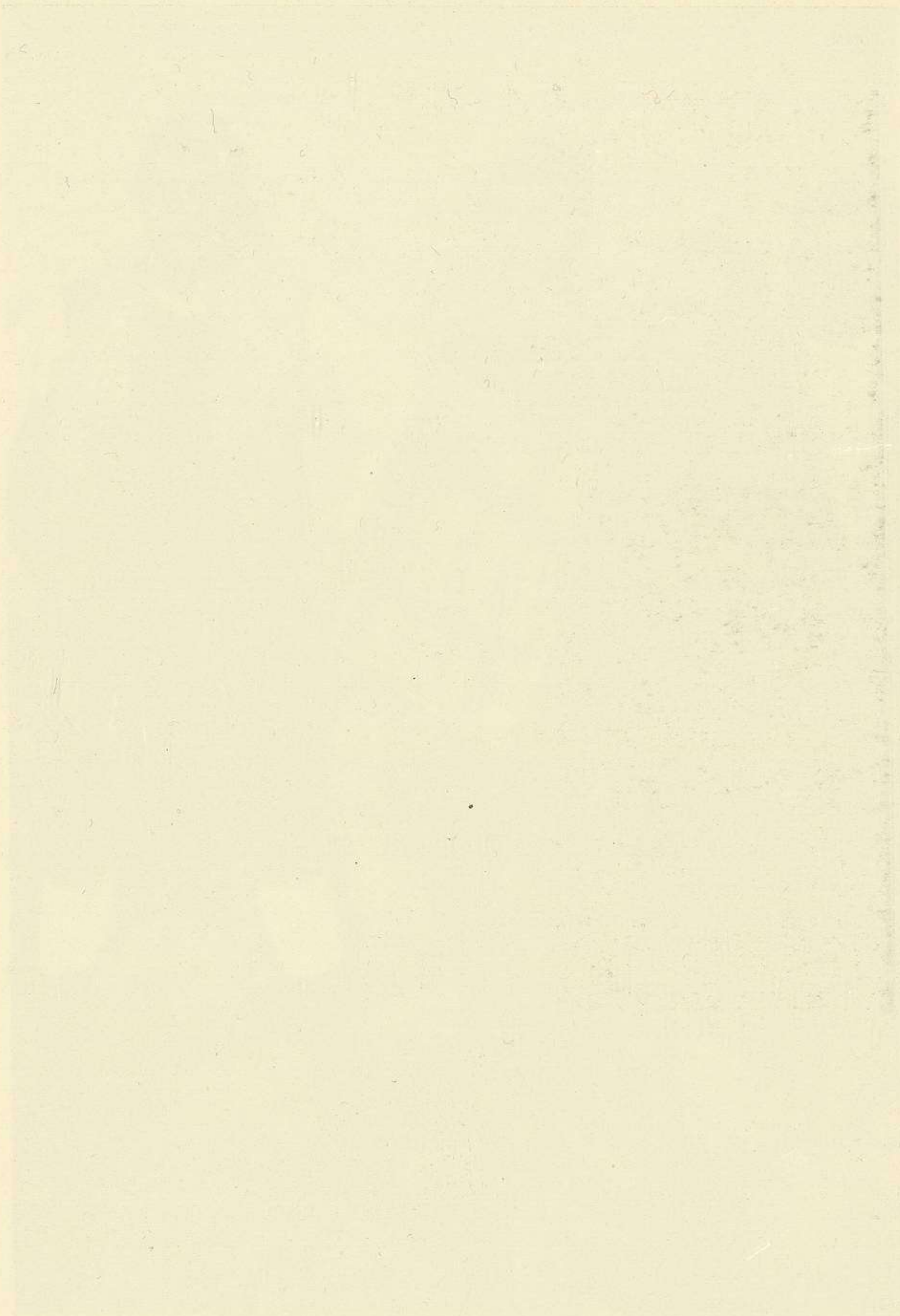


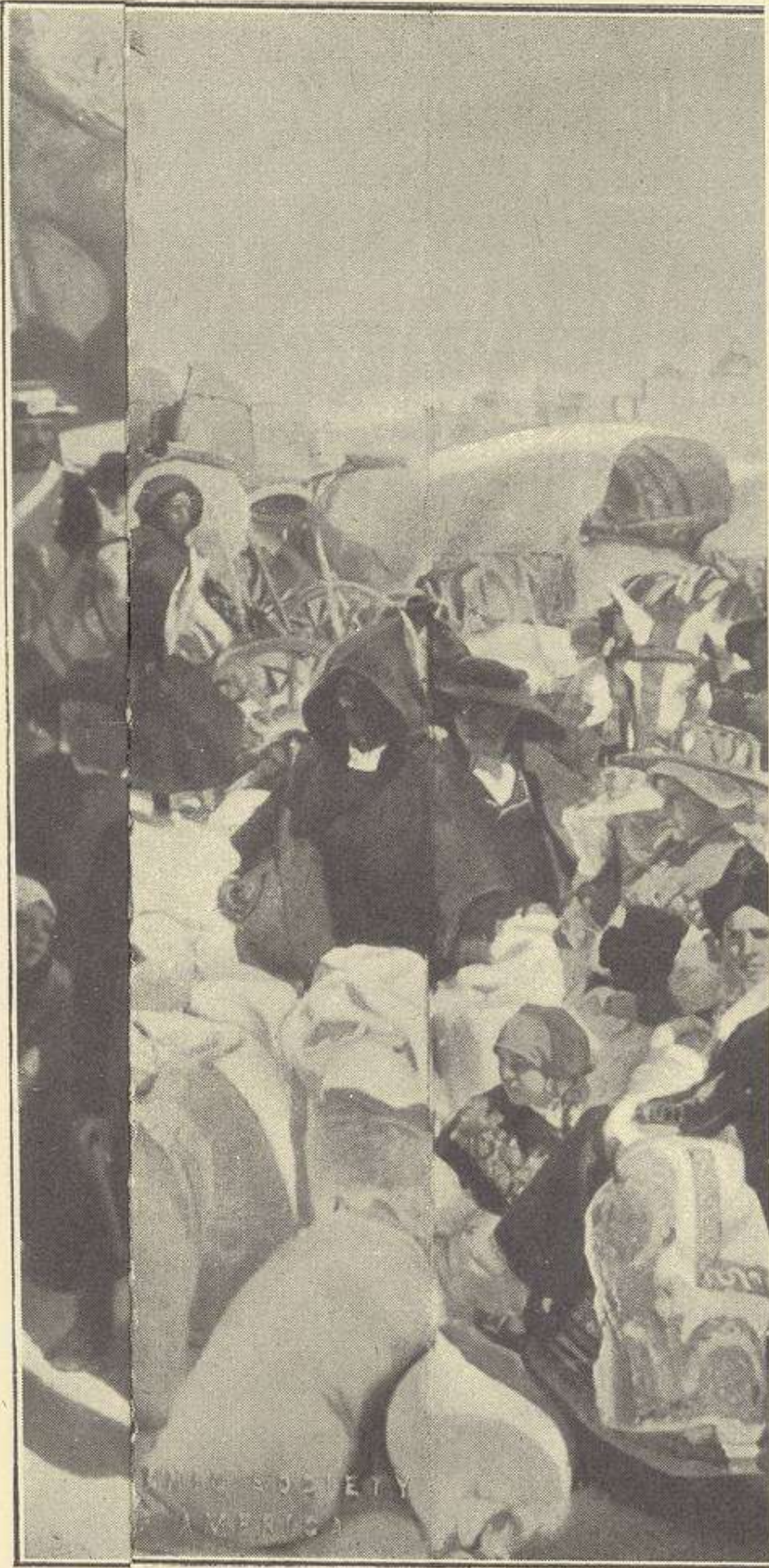






TIPOS REGIONALES: "ARAGONESES"







LA FUNDACIÓN
DEL
MUSEO "LA CASA DE SOROLLA"

LA FUNDACION

DEL

MUNICIPIO "LA CASA DE SOKOLLA"

LA Casa y la Fundación Sorolla» son compendio fiel y completo de la vida del infatigable trabajador, que supo probar con millares de cuadros el producto de su inspirada y fecundísima labor.

Sorolla encontró en el claro juicio y la bondad indecible de su esposa, Doña Clotilde García del Castillo, no sólo alientos y consejos, sino una colaboración fiel y generosa, que quiso y supo contribuir al noble deseo del artista de hacer espléndida donación al Estado de cuanto constituye ahora esta fundación, y que hace dueño al pueblo español de más de un millar de los cuadros, dibujos y apuntes del pintor; de multitud de obras artísticas, y del mismo hogar construido y habitado por Sorolla y consagrado por su ejemplar trabajo.

Murió nuestro artista en 11 de Agosto de 1923, y su viuda otorgaba en 10 de Julio de 1925 el testamento en el que declara su voluntad de que, si durante sus días no hubiese fundado, como se proponía, el «Museo Sorolla» para perpetuar el esclarecido nombre de su difunto marido, lega al Estado español, para que cree un Museo que lleve el título de «Sorolla», los bienes que relaciona en el citado documento.

Antes había donado dicha señora algunos cuadros a la ciudad de Valencia, y si entonces no realizó la Fundación que se proponía instituir por sí misma, hizo cuanto el estado de su salud le permitió, auxiliada especialmente por su hijo Joaquín, para disponer los estudios y la casa de manera que pudieran ofrecerse todos ellos al público como fueron vividos por Sorolla, a fin de que, hasta en los menores detalles, se advirtiera el espíritu que informó la admirable labor del gran artista.

Son objeto del legado: la casa, nombrada de Sorolla, con sus estu-

dios y jardines (n.º 37 del Paseo del General Martínez Campos, hoy Giner de los Ríos, de Madrid), en cuyo edificio ha de establecerse y permanecer precisamente el Museo y cuantos cuadros, dibujos y apuntes, muebles y joyas artísticas propiedad de la testadora existen en la finca, con la única exclusión de los grupos de familia, autorretratos de su marido y retratos de sus hijos y de la testadora, propiedad suya, unos, y de sus hijos, otros.

Delicadamente insinúa, no impone, que se constituya un Patronato para la dirección, conservación y administración del mismo; pero en todo caso confía a su hijo Joaquín, vitaliciamente, la custodia y conservación de los edificios, jardines y obras de arte, objeto del legado, y para el mejor cumplimiento de este cometido y de la misión de colaborar en el fiel cumplimiento de la noble finalidad de la manda y de la Fundación, mejora a su hijo en el derecho de habitar él con su familia, mientras él viva tan sólo, la casa y los jardines.

En realidad, además de la intervención de D. Joaquín Sorolla y García y de sus descendientes en el Patronato, una sola condición se impone al legatario: que la casa, los estudios y jardines se destinen exclusivamente al museo y exposición de las obras auténticas, ejecutadas por Sorolla, y que ninguna de ellas pueda ser extraída de los edificios que constituyen la finca. Si, como no es de presumir, se dejara de cumplir tal condición, quebrantándose de este modo la voluntad de la testadora, la totalidad del legado revertirá a los hijos y descendientes de la misma.

Hasta en la designación de ejecutores de su testamento mostró la viuda de Sorolla su acierto. D. Pedro Gil Moreno de Mora, amigo íntimo desde la juventud del pintor, gran patriota que, viviendo grandes temporadas en París, supo honrar a España y enaltecer a los españoles en el extranjero; D. José Pedro Gil Moreno de Mora, digno sucesor de su padre; D. Mariano Benlliure, D. Manuel Benedito y D. José Capuz, amigos íntimos también de Sorolla y gloriosos artistas; todos ellos de alto pensar y hondo sentir, tan necesarios para corresponder a la confianza que les fué otorgada.

La formalización del minucioso y completo inventario de los bienes relictos constituyó penosa tarea: más grave fué la de determinar los muebles y objetos artísticos que, con los cuadros y demás bienes claramente designados, debían formar parte del legado, y gravísima, a no mediar personas tan autorizadas y entendidas en cuanto al Arte se

refiere, la de valorar el verdadero tesoro que se iba a entregar al legatario.

La casa y jardines, aun valorados como las leyes fiscales mandan, alcanzan cifra muy elevada, pero inferior al precio real de la finca, y eso sin tener en cuenta que forman parte del inmueble y con él deben ser estimadas, por tanto, obras artísticas importantes, entre otras, el decorado del comedor, constituido por un friso en forma de guirnalda de frutas y hojas con figuras, pintado por Sorolla, y otro friso en bajo-relieve (una alegoría a la Pintura) del escultor Capuz. En los jardines existen profusión de obras de arte, escudos, fuentes, estatuas, entre ellas una romana auténtica de gran valor y varias góticas; una hermosa colección de azulejos valencianos del siglo XVIII, etc., etc.

Tasar la obra de Sorolla, los cuadros y objetos de arte legados, pareció imposible empeño, y más aún apreciar el conjunto que todo ello forma, instalado cómo y dónde está. Era preciso, sin embargo, fijar cifras para efectos legales ineludibles, y así se hizo, en la seguridad de que cualesquiera serían muy inferiores al verdadero valor intrínseco de tales bienes y aun al valor en venta adaptándose a orden regular de tiempo y al de las demás circunstancias que influyen en la estimación; pero sobre todo muy inferiores al que en el porvenir deben tener.

La reducción del legado hubiera sido precisa hasta quebrantar lo ordenado por la madre e imposibilitar la realización del generoso deseo del padre, si Joaquín, María Clotilde y Elena Sorolla no hubieran sabido posponer todo al amor a los padres, al respeto de su voluntad, a la veneración debida a su gloriosa memoria; y con poco frecuente espíritu de generosidad, dar al albaceazgo resuelta la cuestión de la manera que pudieran hacerlo los señores de cuantioso patrimonio.

Y por esta feliz coincidencia de voluntades y nobles sentimientos, y en primer lugar, como correspondía, por la decidida y perseverante actitud y abnegada conducta de D. Joaquín Sorolla y García, la donación hecha por la familia Sorolla al pueblo español ha superado a lo dispuesto por los padres, ya que se han incluido en el legado no sólo cuadros, muebles y alhajas artísticas, respecto de los cuales había motivo fundado para estimar su exclusión de la manda, sino hasta los expresamente separados de ella en el testamento.

Todos han rivalizado en desprendimiento, complaciéndose en que permanezcan en el Museo autorretratos de Sorolla, retratos de su esposa y de sus hijos.

Además, D. Joaquín Sorolla y García, por especial donación realizada en 24 de Marzo de 1931, ha entregado al Estado 56 cuadros y apuntes de su padre que eran propiedad exclusivamente suya, entre los cuales se cuentan: «La siesta», «En el baño», «Después del baño», «Saliendo del baño», «Dos sevillanas», «El grutesco», «Puente del Alcázar», «El baño» (La Granja), «La andaluza», «Tipos de Salamanca», «El gaitero gallego», «Los cordeleros» (Valencia) y «Las Velas».

Esta valiosa donación fué hecha en las mismas condiciones establecidas para los demás bienes en el testamento de la madre del donante, si bien en el caso de reversión, los citados cuadros deberían pasar a ser propiedad del Museo provincial de Valencia.

Desde el primer momento puso el albaceazgo en conocimiento del Gobierno las disposiciones testamentarias de la viuda de Sorolla, y cumple consignar que desde el Jefe de Estado, entonces S. M. el Rey, y el Presidente del Gobierno, D. Miguel Primo de Rivera, y después los Gobiernos que le sucedieron, y especialmente el Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, D. José Gascón Marín, que firmó la Real orden de 28 de Marzo de 1931 aceptando el legado, hasta el Gobierno Provisional de la República, que nombró el Patronato por decreto de 29 de Mayo del propio año de 1931, y cuyo Presidente, que lo es hoy de la República española, autorizó el acto de inauguración del Patronato pronunciando muy elocuente discurso, sin excluir al personal del Ministerio, Jefes de la Sección de Fundaciones y de la Asesoría, D. Eduardo Torralba Medina y D. Francisco Xavier Cabello y Lapidra; todos, sin excepción, acogieron por su parte con tanto entusiasmo la realización de la patriótica obra, que fuera injusticia notoria callar su colaboración y no recordar cuánto han tenido ocasión de hacer y aun los propósitos anunciados por el entonces Rey de España, que guardó siempre para Sorolla y los suyos fervorosa amistad y las más especiales consideraciones.

El Estado español ha cumplido fiel y generosamente no sólo sus deberes de legatario, sino los de representante de la Nación española, que debe profunda gratitud al glorioso pintor, a su esposa y a sus hijos.

La R. O. de 28 de Marzo de 1931¹ proclama «la grandeza e importancia del tesoro artístico que acepta el Estado agradecido, pensando siempre que, si en el orden económico tiene un valor inapreciable,

¹ R. O. de aceptación del legado y clasificación de la fundación. *Gaceta* 12 Abril de 1931.

en el espiritual lo alcanza aún más subido, y en el patriótico constituye un ejemplo que debe ofrecerse al mundo entero para satisfacción propia y estímulo ajeno, ya que es testimonio perenne, no sólo del valer de uno de sus más preclaros hijos en un determinado momento del Arte pictórico nacional, sino del ardiente patriotismo de una ilustre dama... y de los hijos del laureado artista, gloria de España».

Después de aceptarse en los términos que fueron otorgadas las donaciones hechas por la Sra. Viuda de Sorolla y sus hijos, de clasificar como benéfico-docente de carácter particular la Fundación, según se estimó debía ser definida la institución de referencia, y de reiterar la gratitud por la ejemplar conducta de todos, sin perjuicio de otras determinaciones que se propondrían en breve, la repetida R. O. de 28 de Marzo de 1931 dispuso se consignara en el primer proyecto de presupuesto de gastos que se sometiera a la aprobación de las Cortes, el crédito necesario en concepto de subvención para sufragar los gastos de custodia, seguridad y conservación del «Museo Sorolla», el cual es conjunto de bienes dedicados a la enseñanza artística por medio de la contemplación del arte pictórico de uno de los más esclarecidos pintores de España.

En reunión celebrada más tarde bajo la presidencia del Sr. D. Fernando de los Ríos, actualmente Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, terminó el Patronato el proyecto de reglamento del «Museo Sorolla»; Reglamento que a propuesta del Ministerio y de acuerdo con el Consejo de Ministros, fué aprobado por Decreto de 24 de Marzo del año actual de 1932. (*Gaceta* de 26 de Mayo de 1932.)

En él se reproducen y desarrollan las bases esenciales de la Institución, la cual «se propone perpetuar el esclarecido nombre del inmortal artista Joaquín Sorolla, contribuyendo a que la parte más considerable de su prodigiosa labor, y aun el propio hogar artístico por él constituido, sirvan de estudio y ejemplo a las generaciones futuras».

Pocas veces ha podido llegarse a realizar una obra de tal trascendencia del modo que queda expuesto, y que al honrar y enaltecer la memoria de D. Joaquín Sorolla y Bastida y de su esposa Doña Clotilde García del Castillo, ha puesto de relieve también el desinterés, celo y solicitud de cuantas personas han tenido la suerte de intervenir en ella para llevarla a feliz término.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE BLASS, S. A.,
DE MADRID,
EL DÍA 24 DE JUNIO
DE MCMXXXII

ESTADO LIBRE
ASOCIADO DE PUERTO RICO
LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS
DE MATEMÁTICAS



M.E.C.D. 2